

## La Pasión de Rafael Alconétar

KRK EDICIONES · TRAS 3 LETRAS · 59

AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA  
CUBIERTA: OLAYA GARCÍA FERNÁNDEZ

MARIO MARTÍN GIJÓN

**La Pasión de Rafael Alconétar**  
(Novelaberinto)

© Mario Martín Gijón  
© ilustración de cubierta: *Floripes*, por M. Dumańska  
© de esta edición, Krk Ediciones  
[www.krkediciones.com](http://www.krkediciones.com)  
Álvarez Lorenzana, 27. 33006 Oviedo  
ISBN: 978-84-8367-723-0  
D.L.: AS-1921-2021  
Grafinsa. Oviedo

Todo sucede y todo se desbarranca desde las ganas de decirlo.

FOGWILL

El que quiera ver mi muerte  
traiga una luz encendida.

ROMANCE ANÓNIMO

I

Dicen que Rafael Alconétar murió, treinta y tres años después de su nacimiento, bajo un sol de injusticia y las pedradas del grupo de conjurados al calor de la vergüenza rencorosa que habían ido suscitando sus insolencias. Dicen que allí quedó tendido, en una pendiente apuñalada de pizarras y decorada de cagajones, quizás amarrado al áspero tallo de una retama, puesto que nadie le tomó la mano en su hora final. Por mi parte, su recuerdo quedará siempre unido a una época increíble, en que aquella ciudad, adormecida desde hace siglos a la sombra de sus torreones y al sabor de lo acostumbrado, se vio sacudida por la furia indomable de vivir, la alegría del placer desatado, el hambre de la belleza y la rebeldía de un puñado de conciencias enardecidas por su palabra.

2

Fueron días que, aunque no tan lejanos, he intentado olvidar. Creo que puedo afirmar estar razonablemente satisfecha con mi vida y con lo que he logrado hasta ahora, a costa de tantos sacrificios. El trabajo en este instituto de la periferia adinerada me ha dado una estabilidad e independencia que valoro cada vez más, al permitirme ser yo misma sin rendir cuentas a nadie. La desaparición de Rafael puso fin a mis ilusiones como escritora y también a otra manera de ser mujer en la que había creído, y que vista desde hoy me resulta más que ajena. Del mismo modo que me fui distanciando de mis antiguos compañeros del taller, quienes me recordaban demasiado a cómo era yo por aquellos tiempos.

El trato con adolescentes me ha obligado a forjar unas defensas de las que carecía en aquella época de princesa vulnerable. He de confesar que ya no escribo. Leo mucho, eso sí. No hay mes que deje pasar sin acercarme a la Cuesta de Moyano. En algunas épocas, sobre todo en primavera, voy varias veces a la semana. Fue un día de esos, poco antes del 14 de abril y con los estantes cubiertos de rescates de republicanos exiliados, cuando en un puesto mi vista se posó sobre un cuadernillo rosado, encuadernado con dos sencillas grapas, y que llevaba el título de *El Gerifalte*. Por unos segundos, mis ojos se quedaron allí clavados, y lo siguiente que sentí fue mi corazón galopando, según me acercaba, tomaba el pequeño boletín entre las manos, lo abría por la página tercera. Ahí estaba, el «cadáver exquisito», firmado con nuestras iniciales: R. A., S. C., P. M., D. C... Rafael me había concedido el honor y el reto de continuar sus extraños versos iniciales: «En la inmanencia de esta tarde / de necios solemnes, de voces viciadas / das tu permiso, señor decano / no haremos nada sino el gerifalte». Yo había continuado, desmañadamente: «Te lo doy, excelso caballero / robador de los rebeldes alumnos / des lo que quieras / rastreado / entre sueños de un gerifalte». Mientras lo leía, reía para mis adentros recordando cómo nos desternillábamos «haciendo el gerifalte». Pasé entonces a la página quinta y vi la primera escena de la *Comedia de los gerifaltes*, escrita a dos manos entre Rafael Alconétar y Pedrito Muñoz, el más talentoso de los talleristas, y que se pasó varios meses, el pobre, buscando un seudónimo para remplazar su poco brillante apellido.

—¿Cuánto es? —pregunté al vendedor.

—Cincuenta euros —me dijo impertérrito.

Los pagué sin rechistar. Cuando iba a marchar me detuve.

—¿De dónde sacó esa revista?

—Ni idea, señora. ¿Por qué? ¿Le interesa?

—Sí... Me gustaría conseguirla completa, si es posible.

—Veré qué puedo hacer. Aunque no creo que sea fácil.

Sí, y ya te lo cobrarás caro, pensé, deseando con fuerza que tuviera suerte en sus pesquisas.

—¿Pedrito? —una voz en principio desconocida, preguntando por mí, usando el apelativo que se permiten quienes creen que pueden hacerlo, es decir: todo el mundo.

—Sí —contesté, con algo de rabia en la voz, sin saber aún con quién hablaba.

—Soy Susana —y como si fuera necesario especificar o temiera, ante mi silencio perplejo, que hubiera olvidado qué mujer combinaba ese nombre y esa voz, añadió: —Susana Cordero.

Ese fue el inicio de una conversación cuyo objetivo, dirección y significado me resultaron un enigma de principio a fin. No podría dormir tranquilo en los próximos días, en las semanas siguientes, quizás, después de escuchar la voz tan cálida como siempre de Susana, sus inflexiones para coger aire que repercutían en mis oídos con eco de jadeos, y que me hacían perder el hilo de lo que me estaba diciendo para enredarme en la madeja de mi deseo insatisfecho, enredado a través de tantos encuentros y desencuentros pasados, siempre a punto, creía yo, de entregarnos a la invasión gozosa de nuestros cuerpos.

Pero mi excitación recibió un primer jarro de agua fría al saber que la llamada de Susana no era sino para hablarme de Rafael Alconétar. Nuestro maestro, el único que tuvimos, y que nos enseñó en unos cuantos pero intensos meses más de lo que aprendimos en los cuatro años de carrera en aquella ciudad en la que fuimos jóvenes y creímos en ideales que preferimos olvidar después, aquella ciudad donde fuimos inmensamente desgraciados pero también ferozmente felices, y donde al final la pequeña épica se consumió en infamia.

No pude conciliar el sueño aquella noche hasta muy tarde, y al día siguiente mi trabajo en la redacción se me hizo pesado como nunca. Llegué a mirar con asco la maqueta del próximo número de esta publicación balompédica de la que obtengo mi sustento. Si Rafael Alconétar me viera ocupado de esta guisa, ¿qué pasaría por su cabeza? Concluiría que se equivocó conmigo, que erró en sus pronósticos sobre aquel joven

que fue el primero en incorporarse a su taller, y que siguió sus hazañas con fidelidad de lugarteniente o escudero.

He pensado mucho en ellos, Rafael y Susana, estos días; más en Susana por las noches, entre sábanas sudorosas, más en Rafael, entre ordenadores e imágenes de goleadores triunfantes y guardametas pesarosos. Aquí, sobra decirlo, soy solo Pedrito el maquetador, y cotejar esta realidad con las cualidades que vio en mí aquel ser contradictorio me suscita una congoja difícil de soportar. Estuve a punto de echarme a llorar en los aseos, y si me contuve fue por miedo a que alguien me escuchara, y pasara a ser Pedrito el raro. No, él no me llamaba Pedrito, sino Muñoz, y me dijo: «Tú serás el verdadero Muñoz de las Letras españolas». Yo le creí y, habida cuenta de lo que soy ahora, me siento más traidor a su palabra que a mí mismo.

4

No lo había notado al hablar por teléfono, pero cuando quedamos unos días después se me hizo evidente: Pedrito sigue colado por mí. Por eso volví de aquel encuentro algo cargada de tensión. Había ido todo bien, y él se había mostrado dispuesto a ayudarme en mi búsqueda. Estaba muy cambiado. Casi calvo, con ojeras. Por supuesto no había aumentado de estatura y, como si no pudiera aceptarlo, llevaba ropa de una talla superior a la que le corresponde. Se me quedó mirando al despedirnos. ¿Qué esperaba, que le diera un beso? Qué absurdo. Pero llegué a casa y no podía dormirme, aunque al día siguiente tuviera que madrugar. Para intentar calmarme, quise evocar a Rafael, y recordé la sesión del taller dedicada a la autobiografía, donde nos obsequió con esa gema de conmovedora belleza: sus recuerdos de infancia en el pueblo fronterizo donde nació. Echando bruscamente a un lado el edredón, me levanté y fui a mi despacho. Entre carpetas y cartapacios de aquel año magnífico debía estar aún ese texto. Pero no lo encontré hasta días después, cuando ya había iniciado mi búsqueda, mi inmersión en ese pasado del que había querido desprenderme, como si pudiera, cual serpiente, cambiar de piel y seguir reptando como un ser nuevo.

No pude contenerme. En lugar de irme a la cama, a pesar de la hora, agarré el móvil y entré en facebook. ¿Qué hubiera opinado Rafael Alcornétar de esta hidra azulada que nos devora el tiempo a través de las mil bocas de hipotéticos amigos, que no escupen sino imágenes y palabras que pudiéramos haber pescado en la red nosotros mismos? Al recordarlo, mal que me pese, intento imitar su estilo, pero sin su gracia y altura de miras. Sin su sinceridad, sobre todo. ¿Qué sentido tiene condenar una herramienta a la que soy adicto, aunque sea más bien como espectador, mirón, patético *voyeur*, dudando veinte veces antes de colgar un libro o una canción que me han gustado? Escribí «Susana Cordero Giménez», y allí estaba, de perfil en blanco y negro. El resto de sus fotos solo las vería si aceptaba mi solicitud de amistad.

¿Qué hacer? Si me dejaba llevar, a ella se le haría evidente que buscaba algo, y comprobaría que había estado mirando su perfil a las tres y media de la madrugada, hora a la que las personas equilibradas suelen estar durmiendo. Lo hice a pesar de todo. Solo había que pulsar con un dedo sobre el icono apropiado. Ojalá gestos tan nimios hubieran bastado en otras épocas. Si con mover un dedo hubiera bastado para acercarme a ella y envolverla en mis brazos, besarla en aquel portal bajo la lluvia, como imaginé aquella noche que la acompañé a su piso. La excitación trepa tras mi piel al evocar esas acciones que nunca sucedieron pero que tienen más consistencia que la tibia y amarga realidad biográfica.

El taller, sí. Lugar mágico donde llegábamos a momentos de acercamiento que yo sentía tan especiales, y que sin embargo se daban solo a la sombra de nuestro maestro. Como si, de no estar él, no hubiera ningún pretexto para acercarnos con esa complicidad. Como si cuando él se iba tuviéramos que comportarnos como dos seres distantes, simples compañeros de clase unidos por el azar y entre los que no se justificaban las efusiones sentimentales. ¿Y ahora? ¿Sería la búsqueda de Rafael la bendita excusa para unirnos al fin? Después de todo, quizás no hubiera hecho mal enviándole esa solicitud desde mi piso solitario y destartalado.

Enviado el 13/05/2019, 11.43 h.

Estimada Susana:

Acuso recibo de su correo del pasado jueves, al que no había podido contestar hasta ahora. Desgraciadamente me temo que no podré dar respuesta a la mayoría de las preguntas que me plantea. En efecto, fui compañera de departamento del profesor Rafael Alconétar. Nuestro trato fue cordial en las ocasiones en que coincidimos. Si no llegamos a adquirir más confianza, ello se debió, sin duda, a su tortuosa manera de ser.

Quizás no sepa usted que Rafael había sido alumno mío, años atrás. Pero aquel muchacho tímido y aplicado había vuelto muy cambiado del extranjero. Durante el periodo anterior nos habían llegado noticias de sus andanzas por Italia, que seguíamos con la atención que corresponde a un antiguo discípulo. Me sorprendió enterarme de su regreso por la puerta grande y tenía cierta curiosidad por verlo después de tantos años.

Pero pronto me vi defraudada. Contra lo que es habitual en esta casa, no vino a saludarme para que pudiera darle la bienvenida y la enhorabuena. Creo que es lo natural, cuando alguien llega a un sitio, presentarse a quienes van a ser tus compañeros. En su caso nos rehuyó desde el primer momento, ignoro por qué razones. Daba la impresión de creerse mejor que nosotros. Luego nos percatamos de que prefería tratar con los alumnos. Mientras que a mí me saludaba con un «hasta luego» y una sonrisa que encubría su huida, varias veces lo observé departiendo animadamente con alguna alumna. Esa cercanía con los estudiantes, sobre todo de sexo femenino, contrastaba con su frialdad hacia nosotros.

En cuanto al taller literario que menciona, cuando supe de esa iniciativa, mi primera reacción fue de disgusto, por considerarla pretenciosa. Si algo así no había sido organizado, en más de veinte años, por Miguel Ángel, Pepe, Raimundo o José Luis, me parecía impropio que él quisiera montarlo nada más llegar. Como si supiera más que nosotros y quisiera demostrárnoslo. No puedo negar que aquella iniciativa fue tema de conversación, aunque yo no me implicara, pues no me gusta hablar de los ausentes. No me extrañó cuando supimos que el inicio del taller se postergaba por fal-

ta de interesados. Pero cuando pensábamos que habría dado carpetazo al asunto, nos enteramos de que habían dado comienzo las sesiones, con solo cuatro participantes: dos chicos y dos chicas. Sentí lástima por Rafael, y por el esfuerzo que dedicaba a un combate perdido de antemano.

El resto ya es suficientemente conocido. Cuando empezaron con aquellas «acciones literarias» sentí una gran pesadumbre, la que sentimos al ver un talento desperdiciado. Nunca lo critiqué, al contrario que algún compañero que opinó que Rafael había perdido la chaveta. Huelga recordar cómo terminó todo.

En fin, pensaba ser breve y ya ve usted. En cualquier caso, me satisface comprobar que el nombre de Rafael Alconétar no ha caído completamente en el olvido, a pesar de lo triste y doloroso de su caso. Espero haberle servido de ayuda, pese a todo.

Un saludo afectuoso

Isabel Cardeñosa.

7

Enviado el 16/05/2019, 22.01 h.

Querida amiga:

Antes de nada, quería agradecerle sus amables palabras sobre mis poemarios. Celebro que le hayan gustado y, si le faltase alguno de mis títulos, hágame saber para que se lo envíe sin dilación, con la correspondiente dedicatoria, por supuesto.

Por el contrario, no sé si podré serle de ayuda en cuanto a las dudas relacionadas con su estudio sobre «vanguardias postmodernas», título muy llamativo pero cuyo objeto preciso se me escapa, hartito como está uno de que le den gato por liebre. Quizá pueda usted solventar mis dudas en la introducción a su ensayo.

He de decirle que, para mí, el debido respeto a los difuntos no justifica una valoración desmedida *post mortem*, sin relación con los méritos reales de una obra literaria, y mucho me temo que usted haya podido incurrir en esa añagaza tan común del escritor maldito, fallecido antes de poder cumplir con una obra que hubiera sido revolucionaria. Un mito muy poderoso,

seguramente con causas profundas en nuestro subconsciente, y que quizás proyecte usted sobre la persona de Rafael Alconétar. Para mí, aunque apenas lo leí, sus libros carecen de interés. Y en cuanto a mi relación con él, puedo calificarla de inexistente. Con todo, y apelando a su discreción, le contaré el único recuerdo que tengo de él, que me parece ilustrativo de cómo quiso suplir con el escándalo las carencias de su pluma.

Todo partió de mi ingenuidad, al considerar que a un profesor de literatura recién llegado a esta ciudad podría interesarle mi obra, que como usted sabe ha sido publicada en editoriales de renombre, además de recibir dos premios sobre cuya limpieza no hay ningún género de dudas. Le envié, cortésmente dedicados, mis dos últimos libros de por entonces: *Dudas y rompecabezas* y *Biografía apócrifa de Espinete*. Dos semanas después recibí un sobre acolchado de remitente desconocido. Al abrirlo hallé los dos libros que había enviado al tal Alconétar. Mi perplejidad ante lo extraño de esa devolución se mudó en cólera cuando, no sé por qué, en lugar de devolver mis libros a su hueco en la estantería, se me ocurrió hojearlos. Al dorso de la página había una «contra-dedicatoria», que rezaba esta ignominia: «A José María Cambrón, el *pompier* más putrefacto de la ciudad y parte de la provincia». Según iba pasando las páginas, iba quedándome mareado de oscilar entre la cólera y la tristeza, al ver cómo mis versos habían sido completados con coletillas burlonas, glosados a pie de página con cuchufletas procaces, e ilustrados con viñetas a plumilla que pretendían convertir en imágenes mis palabras. En el colofón habían escrito un «contra-agradecimiento», en el que se hacía un burdo juego de palabras con mi apellido.

Pero si toda esa patochada me sentó mal, peor reaccioné al descubrir que el segundo de mis libros había sido reducido a la mitad de sus páginas. Tan bárbara mutilación se justificaba en un «prefacio», que cito con el martirizado libro ante mí: «En un acceso de hilaridad, el compañero Muñoz vertió una jarra de jugo de cebada sobre la mesa de reuniones. Ante la carencia de servilletas, recurrimos a las páginas de este libro, que así desempeñaron un útil cometido, y se redimieron de tanta tontería como se había impreso sobre ellas. Usemos el papel de manera responsable».

Creo que lo que le estoy contando le dará un idea de quién era Rafael Alconétar y la pandilla de chiquillos rencorosos que le seguía el juego. Yo dudé en denunciarlos o tirarles alguna pulla en mi blog, pero pensé que con ello solo provocaría su regocijo. Tampoco comenté con nadie esa broma pesada, aparte de con mi esposa. Todo esto no obsta para que lamentara su trágica muerte, quizás fruto de provocaciones aún más graves, que sin embargo, como comentaba al principio, no lo convierten en un buen escritor. Pero eso ya queda a su juicio de crítica e historiadora de la literatura.

Reciba un cordial saludo.

José María Cambrón

p.s. Hágame saber sus señas para el envío de mis libros, ya sea los que le falten o los próximos en publicarse, destacadamente la antología que en breve va a sacarme la Diputación.

8

Enviado el 21/05/2019, 9.33 h. (UTC + 9)

Estimada Señora:

Gracias por el correo de usted. Sí he conocido a Rafael Alconétar. Yo estaba su chica por un tiempo. Estaba en su ciudad para aprender español por seis meses. Nos conocimos en facultad después de cursos de español. A él gustaba yo mucho, mi pelo y mi cuerpo. Eso decía. A mí gustaba mucho sus ojos y forma de tocarme. No me importa decir, porque usted no me conoce y nunca verá. Escribió poema para mí, pero no entendí muy bien. Peleamos un día y no hablamos más. Yo soy orgullosa. Lo vi con otra mujer. Poco después volví a Japón. Espero que no es verdad que murió. Quizás fue lejos a otro país.

Saludos cordiales a usted.

Yumiko.

9

Era para mí el lugar más importante del universo. Sentado en la pendiente, a la orilla del manso río de aguas verduscas, encajonado entre taludes de pizarras, se extendían los brazos hercúleos de aquel

imponente animal de piedra, que abrazaba las dos orillas y salvaba el abismo. Cuántas horas pasé mirándolo, extasiado, circundado por las órbitas elípticas de vencejos y murciélagos al atardecer, cruzado por algún coche solitario del que a veces salían algunos turistas, que quizás tomaban por uno de los suyos al nativo de aquella tierra de frontera y simiente milenaria. Su solidez de apariencia perpetua a veces me provocaba celos y delirios de querer ser así, dominante sobre el curso del río y de los siglos, indemne a los estragos de la edad y del fracaso, espectador piadoso de lo que decae y fallece. Más tarde, el puente sería el lugar desde el que imaginara mi desaparición, ángel caído del paraíso de la infancia y la ilusión de ser querido. Allí llegué una vez a traspasar la baranda y, de pie sobre uno de los pilares, contemplé los remolinos que parecían querer hipnotizarme hacia ellos, para retraerme acongojado, en el último momento, y antes de que nadie me viera. A las orillas del gran curso fluvial, a la benevolente sombra del gran arco de piedra, refugiado de las miradas de extrañeza, leía a Charles Baudelaire y a Henry Miller, a Dostoievski o a Lautréamont, y comencé a ser lo que soy, un ignorante entre roquedos, un mortal celoso de la eternidad del arte.

IO

Nunca pensé que alguien como él pudiera fijarse en mí. Me rindió sin resistencia nada más verlo entrar el primer día de clase. Ese año las lluvias del otoño se habían adelantado a mediados de septiembre, y aquel profesor del que solo conocíamos su nombre entró con el paso firme de unas botas embarradas, despojándose de una cazadora de piel empapada y sacudiéndose su mata de pelo negro antes de dirigirnos la palabra. Siempre atenta a sus gestos, descubriría más adelante que nunca llevaba paraguas, utensilio burgués en su opinión.

—Llevarlo me recordaría que ya no podemos llevar espada, y me haría sentir ridículo frente a mis antepasados —me dijo un día, cuando gracias al taller habíamos devenido cómplices de una aventura tan incierta como excitante.